

Hatemtai, donde se distribuía entonces pan y carne. « El que puede comer el pan con el trabajo de sus manos, respóndió, no quiere deber nada á Hatemtai. » Aquel hombre, añadió Hatemtai, tiene un corazón mas noble que yo.»

El trabajo es recurso seguro.
[Siglo xvii.]

Durante el reinado de Luis XIV había un caballero de la órden de San Luis, anciano, estropeado, que no pudiendo conseguir una pensión á pesar de sus solicitudes, se procuró por medio del trabajo los recursos que la injusticia de los hombres le rehusaba. Llamábase Girardot, y había envejecido en el servicio militar. Cuando iba á Versalles á solicitar inútilmente la recompensa debida á sus servicios, entraba todos los días por los jardines, donde estudiando la horticultura se distraía de su adversa fortuna. En medio de tantas maravillas hubo una que cautivó su atención, y fué el ver el modo que empleaba el afamado jardinero La Quintinie¹ para hacer cambiar á la sávia de camino y que fuera á engrosar el fruto del albréchigo, darle color, perfume y las aterciopeladas tintas de las flores mas bellas.

Admirado él mismo de haber implorado por tanto tiempo la justicia de los hombres, cuando tan fácil era obtenerlo todo de la naturaleza, dejó el oficio de pretendiente, y marchó á establecerse en el pueblecillo de Montreuil², cuyos habitantes estaban entonces sumidos en la indigencia; y renunciando á las ilusiones de la fortuna para buscar el verdadero bien, planta, injerta y cultiva su árbol favorito; la experiencia le enseña á extender las flexibles ramas á lo largo de la pared que forma la cerca; aprende á curar las incisiones, á rejuvenecer las ramas poniéndolas de modo que estuvieran abrigadas; por medio de este trabajo consigue adquirir un bienestar modesto, y sus buenos resultados dan á sus vecinos la idea de seguir su ejemplo. Poco

1. La Quintinie, á quien la jardinería debe muchos adelantos, murió en 1687.

2. Montreuil está situado cerca de Vincennes á 8 kilómetros de París.

después comienzan á desaparecer las rústicas cabañas, y en su lugar se levantan por todas partes alegres casitas; aquella miserable aldea es hoy una gran villa, con mas de nueve mil habitantes, y provee con profusión el mercado de París de esos hermosos frutos que en otro tiempo solo maduraban en los jardines reales.

§ X. PRUDENCIA, HABILIDAD.

La prudencia es debida á la sana razón, á la constante discreción y al arte de guiarse por reflexiones justas. (DESCARTES.)

Ejecutar sin reflexión es ponerse en camino sin haber hecho los preparativos. (Moralistas antiguos)

La prudencia que no va acompañada del valor, degenera en pusilanimidad; el valor que no va dirigido por la prudencia, degenera en insensata temeridad; unidos la prudencia y el valor y prestándose mútuo apoyo, triunfan de todos los obstáculos. (B.)

Antes de poner por obra la empresa que intentamos, debemos comparar nuestros proyectos con nuestras fuerzas, las que deben ser siempre mas poderosas que la resistencia :

No emprendais nada sin reflexionar ántes bien en ello; pero una vez tomada la resolución, llevadla á cabo decididamente. (Moralistas antiguos.)

La habilidad encierra varias cualidades, que todas concurren al objeto deseado : el estudio de los sucesos pasados; la inteligencia de las cosas presentes; la prevision para el porvenir; la docilidad en seguir los consejos de los hombres sensatos y experimentados; la destreza en escoger el partido mas conveniente segun la ocasión; el modo de comparar ó examinar todas las circunstancias de tiempo, de lugar y de personas; la precaucion para evitar los obstáculos, los peligros y acontecimientos contrarios; la vigilancia y la actividad. (Tratado de moral.)

Nunca juzgueis por las primeras apariencias; pensad que hay cosas verosímiles sin ser verdaderas, como hay cosas verdaderas que parecen verosímiles. (MADAMA DE LAMBERT.)

Tomad el consejo de los hombres honrados é instruidos; cualquiera que sea el talento que se posea, siempre hay necesidad de consejos; el que marcha aislado y sin guía se halla expuesto á extraviarse. (B.)

Fabio.

[217 años de J. C.]

La historia de Fabio y de su lugarteniente Minucio, prueba suficientemente cuáles son las ventajas de la pru-

dencia y de la circunspeccion y cuáles son, al contrario, las funestas consecuencias de la imprudencia y de la vanidad.

Era en tiempo en que habiendo invadido Aníbal la Italia, puso la República romana al borde de su ruina, después de haber vencido á todos los generales que se le opusieron.

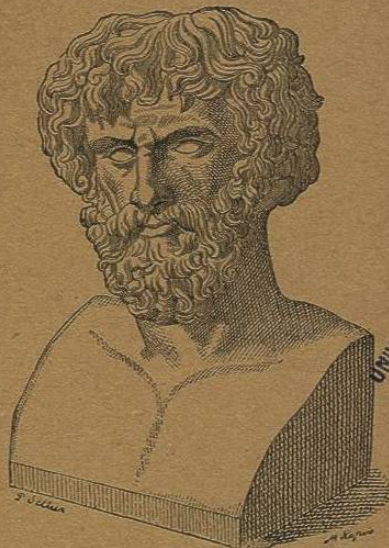
No quedaba á los romanos mas que un solo ejército, cuyo mando confiaron á Fabio, confiriéndole el título de dictador y nombrando á Minucio su lugarteniente.

Sin escuchar Fabio mas que su prudencia contuvo el valor impetuoso de sus soldados, impacientes de vengar tantas derrotas, y con una sensatez tan serena como constante, arredró á Aníbal como se opone á un torrente un dique insuperable. Atento á evitar las batallas campales, en que preveía que todas las probabilidades le eran adversas, y no ménos atento á evitar una sorpresa, ocupa las alturas, hostiga al enemigo, le corta los víveres, le quita los forrajes y se mantiene siempre á una distancia que le permite ser dueño de todas sus operaciones.

En vano se vale Aníbal de todos los medios imaginables, y hasta emplea toda clase de artificios para atraer á Fabio á campo raso; en vano, con estratagemas hábilmente combinadas, le ofrece en apariencia la ocasion de vencer; nada puede contrastar la cuerda lentitud de Fabio, y Aníbal, á quien extenuaba esta clase de guerra y necesitaba batallas, ve con dolor que su enemigo le quita, sin combate, el fruto de sus victorias.

Sin embargo, en el campo de los romanos, se murmura contra el dictador, y Minucio, así como los soldados, furiosos de ver encadenado su ardor, califican de debilidad y hasta de cobardía la prudencia de su general. Todos pedían á gritos el combate, llegando hasta Roma el clamor sedicioso, de modo que toda la República conspiraba contra su salvador. Pero el juicioso Fabio no se intimidó por esas demostraciones de sus conciudadanos, así como tampoco se dejó engañar por los lazos que le tendió el enemigo.

Enfin, los amigos de Minucio logran triunfar en Roma. « Si se quiere evitar el completo oprobio de nuestro ejército, decian, quitemos el mando á Fabio, pues con él nuestras legiones no se atreven á mirar á la cara al enemigo : se las tiene encerradas en sus tiendas y parece que



Aníbal.

solo para huir han tomado las armas. Tiempo es ya de dar á estos valientes un jefe digno de mandarlos. »

Extraviado el pueblo en su opinion, dió un decreto sin ejemplo, pues no atreviéndose á destituir á Fabio, dividió la dictadura entre él y Minucio.

Fabio dió á su nuevo colega la mitad de su ejército, prefiriendo esta reparticion, que le dejaba un medio de salvacion, á un mando alternativo que hubiera podido comprometer á la vez todas las legiones.

Al entregar á Minucio la mitad de sus legiones, recomendó Fabio la prudencia, pero su co-dictador oyó este consejo con desden, se burló de su circunspeccion y despreció las luces de su experiencia.

Avanzando en seguida al frente de sus tropas, atacó la caballería cartaginesa, que se replegó fingiendo huir. Esta aparente ventaja inflama su audacia, la persigue y cae en una emboscada hábilmente preparada por Aníbal, contando con su temeridad.

Fatal era la suerte que iba á caer á la mitad del ejército, pues iba á ser infaliblemente destruida, si Fabio, que previó la desgracia de su colega, no hubiese acudido á socorrerle, y combinado de antemano los medios de reparar su falta. Adelántose en buen orden y, gracias á sus sábias disposiciones, le libertó rechazando á Aníbal y retirándose modestamente á su tienda despues de la victoria.

Comprendió entónces Minucio cuán superior es un valor bien dirigido y contenido por la prudencia á un valor inconsiderado, y se convenció de lo injusto que habia sido con su general.

« ¡Amigos! dijo á sus soldados, el hombre no puede ser infalible: lo que debe hacer cuando tiene culpa es reconocerla y enmendarse para lo venidero. Habíamos juzgado mal á Fabio y me juzgué yo mal á mí mismo cuando creia tener la habilidad necesaria para mandar; pero léjos de obcecarme locamente en considerarme como su igual, quiero volver á ser su teniente si consiente en ello. »

Dicho esto, fué á buscar á Fabio seguido de sus tropas y todos saludaron al dictador con sus aclamaciones, prodigándole las señales de su profundo reconocimiento: « Mi general, dijo Minucio, habeis alcanzado hoy dos victorias, una sobre Aníbal, con vuestro valor y habilidad, y la otra sobre nosotros, con vuestra prudencia y generosidad. Salvándonos la vida habeis vuelto á ser nuestro padre, y este es el nombre que os daremos en adelante. »

Abrazó Fabio á su teniente, y los soldados de ámbos ejércitos se apretaron mutuamente las manos. No se vió

nunca un triunfo mas dulce que el que sometió así la temeridad á la prudencia, el orgullo ó la cordura y transformó la envidia en reconocimiento.

Circunspeccion de un general ateniense.

[iv siglo ántes de J. C.]

Estando acampado un dia Ifícrates, general ateniense, en las tierras de sus aliados, fortificó su campo con un foso y una estacada, como si hubiese estado en pais enemigo: « ¿Para qué tantas precauciones? le preguntó uno de sus tenientes; ¿qué teneis? — Cuando no se ve nada que temer, es cuando mas peligro hay, respondió el prudente capitán; al suceder una desgracia, es vergonzoso para un general el tener que decir: « No habia pensado en ello. »

Este mismo Ifícrates, despues de haber vencido un dia y puesto en fuga á sus enemigos, los persiguió hasta un desfiladero muy estrecho del cual no podian salir á ménos que se abriesen paso por en medio de su ejército. Pero sabiendo el general ateniense que la desesperacion infunde valor, se detuvo y dijo: « No obliguemos á nuestros enemigos á ser valientes. » Dejóles escapar y no quiso arriesgarse á perder el fruto de su victoria, combatiendo contra gente que no tenia ya nada que perder.

Víspera de la batalla de Austerlitz.

[Diciembre 1805.]

Nadie mostró jamas mas prudencia, habilidad y circunspeccion que Napoleon ántes de la batalla de Austerlitz, pues con solo 80 000 franceses, tenia que combatir á 120 000 rusos y austríacos con dos emperadores á su frente. Queriendo atraer al enemigo á un campo de batalla que habia estudiado por sí mismo de antemano y cuya ventaja reconoció, fingió temerle con la esperanza de hacerle cometer faltas de que aprovecharia para llevarles á aquel paraje.

Dió, pues, á su ejército la señal de la retirada, la efectuó de noche, como si hubiese sido vencido, tomó una buena posición á tres leguas hácia atrás é hizo en ella con mucha ostentación trabajos de fortificación para establecer baterías. En seguida envió dos veces á pedir al emperador de Rusia una entrevista.

El emperador Alejandro le envió en comisión á su primer ayudante Dolgorouki. Este militar pudo notar que el aspecto del ejército francés respiraba la reserva y la timidez. La colocación de las avanzadas, las fortificaciones que se hacían á toda prisa, todo presagiaba á los ojos del oficial ruso, un ejército medio batido.

El mismo Napoleón fué á las avanzadas y recibió en pie al enviado de Alejandro en el vivac de su guardia, colmándole de finezas y de elogios personales. Dolgorouki creyó que estas señales de benevolencia eran efecto del miedo, y habló con mucha arrogancia, pero el emperador contuvo su indignación y el ruso se alejó con la idea de que el ejército francés estaba en vísperas de su perdición. Al ausentarse echó una curiosa ojeada sobre las tropas que maniobraban aún tristes y silenciosas, para hacer un movimiento retrógrado, atrincherándose detras de muros elevados: su actitud y las apremiantes diligencias de Napoleón para obtener una entrevista, parecían indicar una situación difícil.

Transmitidos todos estos detalles á Alejandro por su ayudante Dolgorouki, se enardeció la esperanza de los enemigos de los franceses y resolvieron ir á batir á éstos, á quienes suponían enteramente desanimados.

Esta batalla, que Napoleón deseaba ardientemente, era una inmensa falta que cometían los austríaco-rusos, porque para ellos todo era ventaja guardando tiempo, colocados como estaban en una fuerte posición, recibiendo socorros sin cesar y debiendo reunirse á ellos un ejército de cien mil prusianos quince días mas tarde.

Pero las maniobras y los pasos de Napoleón les inspiraron tanta audacia, que estaban impacientes por atacar: era tal su confianza, que no trataban ya de derrotar al ejército

frances, sino de cercarle y hacerle enteramente prisionero.

En fin, Napoleón detuvo el movimiento retrógrado de sus tropas, tomó posesión en las llanuras de Austerlitz y concentró todas sus fuerzas en el terreno que había elegido de antemano. Entónces los austríaco-rusos dejaron sus posiciones y empezaron su movimiento de avance con sumo gozo de Napoleón, pues gracias á su habilidad y prudencia, se le adelantaban los enemigos hácia el terreno escogido por él.

Estos operaron un movimiento de flanco para dar la vuelta á la derecha de los franceses, atribuyendo al temor la inacción de los mismos, que en nada turbaban las maniobras de sus contrarios. Las masas rusas y austríacas se desplegaban con el mayor orden y era un magnífico espectáculo ver aquellas densas columnas de infantería resplandecer sus cien mil bayonetas.

Diez y ocho horas duró el desfile del ejército austríaco-ruso, y entretanto el de los franceses permanecía tranquilamente en sus posiciones, dejando operar á sus enemigos sus temerarias evoluciones. Napoleón tenía elegido su terreno demasiado bien para ceder de una sola pulgada, y queriendo al contrario dar mas seguridades á sus enemigos, aumentaba su confianza dejándoles ejecutar, sin quemar un cartucho, aquel desarrollo de columnas que facilitaba excelentes ataques de flanco, y mandó á Murat, comandante de su caballería, que fingiese hacer algunas escaramuzas y volviere bridas prontamente.

De este modo su prudencia lo preparó todo para alcanzar la victoria que su genio decidió al día siguiente. La batalla de Austerlitz es una de las hazañas militares mas gloriosas de la historia del Imperio francés.

Hábil artificio.

[540.]

Bajo el mando de su rey Cosroes, hicieron los persas una invasión en el imperio de Oriente, penetrando hasta

el corazón de Siria. Los romanos enviaron contra ellos al famoso Belisario, pero al llegar á Siria este general, no halló allí ni soldados ni dinero, reinando la confusión por todas partes.

Presentóse solo ante los muros de Heliópolis, defendida aun por los restos que quedaban del ejército. Reuniólos Belisario, pero en vez de las aclamaciones de costumbre no oye mas que gemidos; los mas tímidos aconsejaban la fuga y los mas valientes la retirada: «Compañeros, les dice, no os ocultéis mas detras de los muros de Heliópolis, seguidme, pues inspiramos á los persas mas temor de lo que creéis.»

Desde que se descubrió en las llanuras de la Siria el estandarte y la tienda de Belisario, la fama, que todo lo acrecienta, le supone un ejército, y Cosroes le envía uno de sus oficiales. El hábil general habia dispersado en una vasta extension de terreno arbolado las tiendas de la débil guarnición que le habia seguido, y estas tiendas estaban distribuidas con tal arte y los fuegos tan multiplicados, que á primera vista y á lo léjos se hubiera creído que el país estaba cubierto por numerosas legiones.

El enviado persa halló á Belisario en una cabaña rodeado de soldados desarmados que unos tenían redes en las manos y otros arcos, de modo que al verlos con aquella calma y seguridad tan cerca del ejército enemigo, ántes parecían ocupados en la caza que en la guerra.

Recibió Belisario con altanería al enviado del rey, encargándole que por toda respuesta le dijese que si queria la paz hiciese proposiciones aceptables, ó si no que se preparase á sostener sangrientos combates ántes de penetrar en su campo.

Este artificio tuvo un éxito completo, porque viendo Cosroes que Belisario no daba indicios de temor alguno, le supuso grandes fuerzas, hizo proposiciones muy razonables y se estipuló inmediatamente la paz.

Éxito feliz é inesperado.

[Junio 1682.]

No hay suceso, por desgraciado que sea, del cual los hombres astutos no saquen alguna ventaja. La victoria de Steinkerque, pueblo de Bélgica en la provincia de Hainaut, es una prueba de esta verdad.

El mariscal de Luxemburgo tenia en frente de sí á Guillermo III rey de Inglaterra, uno de los mas hábiles generales de aquel gran siglo. Cada uno de los ejércitos era fuerte de ochenta mil á cien mil hombres.

Un dia llegó á ser descubierto un espía que el general frances tenia al lado del rey Guillermo, y le obligan á que escriba un informe al mariscal de Luxemburgo lleno de falsos datos. Engañado por la carta de su espía, adopta hábilmente el mariscal disposiciones que debian hacerle derrotar y su ejército, dormido, es atacado al amanecer poniendo inmediatamente en fuga á una brigada del ejército frances. Todo estaba perdido sin un exceso de diligencia y de valor.

No bastaba ser un gran capitán para evitar una derrota, pues era preciso tener tropas aguerridas capaces de volverse á reunir por sí mismas y oficiales generales tan hábiles como firmes para restablecer el órden.

Luxemburgo estaba enfermo, circunstancia funesta en un momento en que tan necesario era un redoble de actividad, pero el peligro le hace sacar fuerzas de flaqueza. Para no ser vencido en unas posiciones que su mismo enemigo le habia hecho tomar por medio de una astucia imposible de adivinar, era indispensable hacer prodigios, y los hizo. Mudar de terreno, dar á sus tropas un campo de batalla mas ventajoso, rehacer un ejército en desórden, y cargar tres veces al frente de cuerpos escogidos, fué obra de ménos de dos horas y la victoria, largo tiempo disputada, fué tan completa como brillante.

Así, aunque los franceses cayeron en el lazo que les ten-

dió el rey de Inglaterra, no solo lograron con su valor y habilidad salir de aquel apuro, sino que derrotaron á sus enemigos.

Al dar el general cuenta al rey de esta memorable batalla, ni siquiera consignó en su parte que se hallaba enfermo cuando la ganó.

Circunspeccion y sangre fría.

Los soldados de Gonzalo de Córdoba ¹, famoso general español, se amotinaron por faltarles sus pagas. Para apaciguarlos empleó el general la paciencia y la benignidad, y desplegó la prudencia mas admirable para impedir que el motin se convirtiese en rebelion. Uno de ellos, el mas exaltado, volvió contra él la punta de su alabarda. Si Gonzalo hubiera tomado por lo serio esta amenaza, habria hecho estallar la exasperacion de los otros, y por consiguiente la de los soldados que permanecian fieles, trabándose una lucha en que hubiera corrido la sangre. « Ten cuidado, compañero, le dijo, que jugando con tu arma puedes herirme. » De este modo impidió, con su prudencia, que estallase la sedicion y su firmeza hizo lo demas.

Peligros de la precipitacion.

Por no haber observado un gran príncipe las leyes de la circunspeccion y de la prudencia, se expuso á ser desgraciado y criminal á la vez.

Basilio el Macedonio ², emperador de Oriente, bravo, hábil y generoso, tenia el defecto de tomar medidas muy prontas sin reflexionar, sobre todo cuando era impelido por alguna pasion. Un traidor que conocia este defecto quiso aprovecharse de él; era éste uno de los personajes mas poderosos del imperio, llamado Santabareno, intrigante de la peor especie. A fuerza de astucia habia conseguido cap-

1. Conocido con el sobrenombre de « el Grande Capitan » (1443-1515).

2. Reinó de 366 á 386.

tarse la confianza del emperador; pero el hijo mayor de éste, Leon ¹, que á los diez años de edad ya se habia atraído el efecto del pueblo, y se mostraba digno heredero de las virtudes y talento de su padre, habia descubierto un hipócrita en aquel cortesano, y le habia mostrado siempre el mayor desprecio, á que contestaba el malvado con un odio mortal; pero previendo que su desgracia seria cierta si Leon llegaba á reinar, resolvió perderle.

Para encubrir su odio, tomó la máscara pérfida de la amistad; sus solícitos cuidados y su aparente sumision fueron venciendo poco á poco la repugnancia del príncipe. Afectando acendrado celo, le manifestó que el emperador, en medio de una córte corrompida, en la que el puñal hacia tantas revoluciones, exponia muy á menudo su vida á las tramas de los ambiciosos y al hierro de los asesinos. « Los bosques están llenos de malhechores, decia á Leon, y una ley antigua y absurda prohíbe que lleven armas los que acompañan al emperador á la caza; sus mismos hijos no están exentos de esta prohibicion. Yo tiemblo por la vida de vuestro padre; vuestro deber es defenderle contra su propia imprudencia, y creedme, velad por sus dias: sin alarmarle, seguidle, no le dejéis un momento, y llevad con vos algunas armas escondidas. »

Leon siguió su consejo, y la primera vez que acompañó á su padre á la caza, escondió una espada debajo de sus vestidos.

Apénas vió el traidor que el príncipe entraba en el bosque, fué precipitadamente al emperador y le dijo dando muestras del mayor asombro: « Señor, poneos en salvo, porque impaciente vuestro hijo por reinar, se ha armado contra vos. »

Basilio, siguiendo su carácter impetuoso, hizo prender á Leon, y registrando sus vestidos se le encontró la espada.

¿Qué dictaba la prudencia? interrogar á Leon, escu-

1. Llamado despues el Filósofo.

charle, examinar sus respuestas y no decidir nada en el acto. Pero Basilio hizo todo lo contrario, y entregándose á su ciega cólera, se arroja sobre su hijo sin querer oírle, le arranca con sus propias manos las insignias imperiales, y manda encerrarle en un calabozo.

Mas hubiera querido Santabareno, pues conociendo el carácter fogoso del emperador, esperaba que Leon hubiera sido inmolado en el momento, ó al ménos que su padre, en el primer acceso de su furor, le hubiera privado de la vista ¹, con lo que no hubiera podido reinar.

A la cólera que experimentó Basilio sucedió una tristeza sombría, y regresó á su palacio taciturno y pensativo; hizo quitar de sus habitaciones todo lo que podia recordarle su hijo, y no volvió á pronunciar su nombre; no sufría que en su presencia se hiciera la menor alusion respecto de él, hasta el punto que parecia que no existía Leon, ó mejor dicho que no habia existido nunca. El desgraciado le escribía desde su prision las cartas mas conmovedoras, pero no solo no quiso el emperador recibir ninguna, sino que prohibió se las presentasen. Las fiestas y la alegría desaparecieron del palacio, y reinaba el duelo en el corazón del emperador y en derredor suyo.

Tres meses transcurrieron de este modo.

En esto llegó la Navidad, y segun la costumbre, el emperador debia dar en esta fiesta solemne, un festin á los principales personajes de su córte. Aunque agobiado por el dolor, no quiso faltar Basilio á una costumbre que en cierto modo habia sido consagrada por la religion. El banquete tuvo lugar en una espléndida galería, destinada á semejantes fiestas, y en la que no habia puesto el pié el emperador desde aquel dia fatal. Al lado de una de las ventanas habia una pajarera con alambres de plata, en donde Leon, que habia conservado los gustos sencillos de la adolescencia, cuidaba de un lindo pájaro que pronunciaba algunas palabras.

1. Este bárbaro suplicio era muy frecuente entónces, sobre todo en el imperio de Oriente. Ludovico Pio lo impuso á su sobrino Bernardo.

Tomaron asiento los convidados, pero todos, lo mismo que el emperador, estaban sumidos en profunda tristeza, y parecia que se hallaban mas bien en unos funerales que en una fiesta. De repente, en medio del sombrío silencio que reinaba en aquella inmensa galería, se oye gritar: « ¡Leon, querido Leon! » Era el pajarillo que repetia las palabras que Leon le habia enseñado.

Cuando resonó este nombre en los oídos de los convidados, haciendo tres meses que estaba prohibido pronunciarle, el enternecimiento fué general; el emperador parecia como herido en lo mas íntimo de su corazón, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

Uno de los circunstantes, no pudiendo ya soportar el peso que le oprimia, exclamó: « Señor, la voz de esta ave nos condena; ¿por qué no nos atrevemos, como ella, á pronunciar un nombre que nos es tan caro? ¿Cómo podemos reunirnos en una fiesta cuando vuestro hijo gime en un calabozo, víctima de engañosas apariencias, ó tal vez de la mas negra traicion? ¿Ha sido interrogado? ¿Ha sido oído? ¿Ha obtenido las garantías que no se rehusan á los mayores delincuentes? »

Esta voz animosa despertó en el alma del emperador los sentimientos de la naturaleza; conducido su hijo al instante á su presencia, probó su inocencia á poca costa, y el emperador reconoció que habia sido engañado; maldijo su fatal precipitacion, que por espacio de tres meses habia causado la desgracia de su hijo y la suya propia; abraza entónces á Leon, las lágrimas de entrambos se confunden, y todos los circunstantes lloran de gozo.

¿Qué habia sido de Santabareno? Al entrar Leon en la sala, se aprovechó de la confusion general para emprender la fuga. Eran muy dichosos el emperador y su hijo para castigarle como merecia, y se contentaron con desterrar al traidor para siempre de sus dominios.